

SEVILLA NO ES UNA FIESTA

ción tan contraria a la tradición arquitectónica andaluza, que manda que la luz se reciba por los patios y no por el exterior de la casa, el calor es tan agobiante que todo el mundo saca el colchón para dormir en la calle. Y el espectáculo, de quince mil personas durmiendo en la calle, excede toda posibilidad de descripción.

En todas partes existe este tipo de barrios. Pero lo de Sevilla no tiene parangón. Hay muchos otros refugios como éste y el bajo nivel de vida, el paro que sufre la ciudad hace imposible encontrar una solución. La gente no tiene dinero suficiente para pagar la mensualidad de una vivienda, no tiene ni siquiera dinero suficiente para pagar las cincuenta o cien pesetas que le cobran por el refugio. La familia de El Pollito y la familia de La Canija se quedarán allí perpetuando la civilización de la pobreza. Un cincuenta por ciento de las mujeres que viven en el barrio y un veinticinco por ciento de los varones son analfabetos. Para terminarlo de arreglar se presenta por allí de cuando en cuando una visitadora de la Sección Femenina que llaman «la señorita de los casamientos», cuya misión consiste en velar por la moral pública. Y cuando no, caritativas damas y generosos caballeros se dejan caer por el barrio con mantas, juguetes y buenos sentimientos.

El caso de La Corchuela, y ya termino con este tema, es un caso particular. La Corchuela es una finca situada a diecisiete kilómetros de Sevilla, donde se ha construido también una colonia de refugios de parecidas características. La distancia que la separa de la ciudad y las malas condiciones que presenta, según dicen hay muchos mosquitos, hacen que los «pobres» de Sevilla tengan horror de ir a vivir allí. Ha llegado a haber protestas colectivas y problemas de orden público por esta causa. Mientras tanto, en Sevilla se rumorea, y esto pertenece otra vez al mundo de la picaresca municipal, que La Corchuela fue adquirida por un alcalde por el único motivo de hacerle un favor a un amigo que andaba mal de dinero.

¡La de cosas que descubriría el diablo si volviera a Sevilla! ■ L. C.

Próximo reportaje:

SEVILLA NO ES UNA FIESTA

(II)

UNA CIUDAD BARROCA



“Desprecia
cuanto ignora...”

JOAQUÍN CARO ROMERO, POETA “MALDITO” DE SEVILLA

ESTA ciudad del Sur tiene una especial sordera, de la que no sale ni con el sonotone que reiteradamente le aplican a sus oídos algunos escritores en otro tiempo alineados en el realismo-social, ciertos catedráticos que publican en Gredos o que acuden cada mañana a la rebótica librería de Pepe Blanco, un sitio siempre libre para la memoria de don Manuel Giménez Fernández, ahora una silla a modo del académico borrón y cuenta nueva del «decíamos ayer» que civilmente pueden representar don Ramón Carande o don Alfonso de Cossío.

Esta ciudad del Sur tiene una especial sordera para no enterarse de los poetas que, por azar o por aquello de que el subdesarrollo y el regodeo de la estética están siempre por bajo del paralelo 38, le suelen nacer de cuando en vez. Quien coja el callejero de Sevilla o se lo pida prestado a un guardia de los que en estos días desvían la circulación por el centro de la ciudad, podrá ver que tiene calle doña Antonia Díaz, una poetisa que sirvió en el pasado siglo los mejores chocolates en las «soirées» que organizaba su marido, el difuminadamente escritor don José Lamarque Novoa. Podrá ver que calle tienen, o glorieta, hasta los raros, desde López Pinillos (sin «Parmeno») hasta Francisco de Medrano o Juan de Jáuregui, aunque la rotonda dedicada a este último sea más conocida por un apodo de izas, rabizas y colipoterras.

Pero a los oídos oficiales de Sevilla no existe Antonio Machado, que le nació una tarde de julio de 1875, como aquella en que Mercedes cambió de color en el romance de don Rafael de León y Arias de Saavedra, marqués del Valle de la Reina y conde de Gómara. A los oídos oficiales de Sevilla no existe tampoco Luis Cernuda, que le nació un día de 1902 en la calle del Aire, para escribir con los años los versos civiles y las prosas más estrictas para navegar la ciudad. Los oídos oficiales de Sevilla no se enteraron hace poco que del exilio le había vuelto un poeta, Antonio Aparicio, tan mítico que tenía hasta libros publicados por Losada en Buenos Aires, y que era amigo de Rafael, el ahora romano. Para Antonio Aparicio, la ciudad apenas tuvo unos honrados versos por

boca de Reyes Fuentes, en sus «Elegías del Uad-El-Kebir»; unos versos y no un serratlano laurel, sino el olvido de cada día en una agencia publicitaria, en la jefatura de redacción de un semanario local que nunca levantó cabeza, por muchos dineros que le arrimaron.

Los oídos de esta Sevilla oficial están a prueba de todo lo que no sea defensa de lo que nadie ataca, adhesión a lo que nadie pone en duda. Atentos están a todo lo que suena en salones académicos de damasco empolvado, donde los que tienen que hacerlo escuchan complacidos por oficio discursos y divagaciones sobre sermoneros concepcionistas del XVI, lo que después hacen constar en acta para recogerlo de siglos venideros. Pero no se enteran de lo que culturalmente ocurre en la ciudad. Ni de que Alfonso Jiménez es representado por los muchachos de Lebrija. Ni de los devaneos de la reina castiza que Esperpento lleva hasta el municipal y subvencionable teatro Lope de Vega, pieza rotunda del revivalismo de Anibal González en los años veinte. Ni de los recitales de José Menese en la Escuela de Industriales. Ni de lo que se cuega en la sala La Pasarela. Ni de lo que se vende en la librería Antonio Machado.

Quitando cuanto de él se ha ocupado la prensa local (generosas páginas en «ABC», donde trabaja en el archivo; una autocrítica en «El Correo de Andalucía» del padre Javierre, esto es todo), Sevilla ha hecho una vez más oídos sordos a la aparición del libro de uno de sus poetas, Joaquín Caro Romero. No, no es una edición de autor; ni un cuadernillo publicado en una efímera colección provinciana. Lleva el sello de Insula, el grabado de la isla con la intención de Cano y de Canito. Y un prólogo de Jorge Guillén, otro señor a quien la ciudad ignora, por mucho que fuera aquí catedrático. (De vez en cuando, las mediocridades de turno nos recuerdan que ellos fueron discípulos de Guillén, aunque sólo contaran como un nombre en la lista de la clase del Preparatorio de Derecho, viejo caserón de la calle Laraña, donde ahora Maese Rodrigo pasea su soledad por el claustro tras el pie entre los jesuitas y el Estado.)

En beneficio de Joaquín Caro (aquí puede el lector introducir el tópico al uso, a costa de su homónimo el de la canción a las ruinas de Itálica), tendremos que decir que el prólogo de Jorge Guillén a esta antología, «Vivir sobre lo vivido», es más interesante por el significado que por el significante, por cifrarlo en términos saussurianos. En el volumen de Insula está lo más granado de su trabajo poético desde 1960 a 1970.

¿Por qué, entonces, este silencio sevillano hacia Caro, al margen de las generosas páginas de los periódicos? Hace ahora un año que se murió otro Joaquín: Romero Murube, el que fue nombrado por la República conservador-director de los Reales Alcázares (supongo que entonces «x Reales»), el que cultivó la amistad de Federico entre palmeras y surtidores, el que citan las antologías que rastrean las nóminas completas de nuestras series de escritores. Los periódicos locales han venido estos días llenos de gacetas cuasi editoriales recordándolo, de cartas al director en verso haciendo fáciles imágenes con el título de una de sus recopilaciones de artículos, «Los cielos que perdimos». Pero aquel otro Joaquín supo complacer a la ciudad en anuladoras quasidas de palmeras, patios, esquinas, rejas, macetas y huertos cerrados, y dicen que tenía una novia en el aire de Sevilla.

Este Joaquín Caro Romero de nuestros pecados no complace, en cambio, a nadie. Y su musa de La Resolana, una sirvienta de las que no saben leer, espejo de frustraciones, seguirá por los siglos en la erótica soledad de los altos lavaderos. Sus poemas traen el sabor de la carne, de la pobreza, del sexo, de los anocheceres de revuelos de tergal en los portales de barrio, esa pava que pela Sevilla frente a la estricta moral predicada en tardes de incienso por antiguos curas con sotana.

Están en los versos de Caro, ahora recogidos en la antología de Insula, las ciegas cretonas de los «meublés», la rebeldía de los instintos, el escándalo de lo prohibido, las tapas de los fusilamientos y de la prostitución, el amor en las ruinas de Itálica, las mismas de su homónimo, pero unos siglos más tarde y con el sexo de por medio. Está en los versos de «Vivir sobre lo vivido» la cesta del almuerzo de la mujer obrera, que aguanta la injusticia andaluza «ajustando las semanas/al jornal de la agonía». El poeta emprende un emocionado recorrido por las cosas humildes y cotidianas. Y, junto a esto, la obsesión por el tiempo, un ateísmo a lo Camus, y la vuelta a la «habitación número siete» de esas pensiones de la Alameda donde en la cancela avisa el timorato letrado que «no se admiten matrimonios sin maleta».

Todo esto es demasiado para una ciudad que sólo escucha pipros celestiales, poemas a la Giralda, quasidas de la muerte pequeña. Después de todo, no será la primera vez y puede que tampoco la última. En un palacio de la Puerta Jerez (por la primavera también, como cuando a Mercedes le cambió la color) nació, en 1898, el nieto del intendente general de Sevilla. Aquel niño, inscrito en el registro como Vicente Alexandre, se habría de criar en Málaga. ■ ANTONIO BURGOS.